

# La espuma y los jardines

*Eloy Tizón*

Escritor

**L**A SEGUNDA vez que conocí a Juan Casamayor fue en la presentación de *Pequeñas resistencias*, el 25 de octubre de 2002. La tercera vez fue en su despacho de la calle Madera, donde acudí a ofrecerle el manuscrito de *Técnicas de iluminación*. Juan lee el título y se le humedecen los ojos. Hablamos durante varias horas seguidas. A partir de ahí, ha ido trenzándose y destrenzándose con esmero un tejido hecho de amistad, buenos momentos, admiración y cariño.

La primera vez... Creo que ninguno de los dos lo supo. Fue en un jardín, cómo no. En una ciudad de los años 80 donde yo me hallaba desplazado cumpliendo el servicio militar y Juan cumpliendo su adolescencia.

A ese jardín acudía el soldado a regañadientes que yo era, en busca de un poco de sosiego en el que poder sentarme a solas bajo los grandes castaños, para leer, estar triste, toser, tomar apuntes para el libro de cuentos en el que trabajaba.

En aquel parque había una exagerada proliferación de palomas y niños. Entonces no lo sabía, pero uno de esos adolescentes bulliciosos que pasaban corriendo cerca de mí tal vez fuese mi futuro editor, quien por entonces frecuentaba el mismo parque.

Cabe suponer que en ese jardín cruzaron sus miradas un soldado soñador con un cuaderno de ideas y un muchacho inquieto que en esa época ni siquiera soñaría con ser editor.

Hoy aquel adolescente inquieto del parque ha editado el libro del soldado que más tarde se titularía *Velocidad de los jardines*. Hoy aquel adolescente inquieto del parque ha recibido en la FIL de Guadalajara, México, uno de los reconocimientos internacionales más importantes que puede recibir un editor.

La espuma y los jardines están llamados a reconocerse. Hoy compartimos dos libros y bastantes kilómetros de conversación. Y muchas complicidades más. Entre otras, un brindis ¿pendiente?

En Valencia, hotel Senator, nos adjudicaron dos cuartos contiguos. Después de un largo día, al entrar en mi habitación de noche, agotado tras el jaleo de la presentación y las copas, me encuentro por sorpresa, perfectamente colocadas, una cubitera con hielo, una botella de champán caro y dos copas dispuestas para el brindis. Cuando se lo conté a Juan, entre risas, los dos llegamos a la conclusión de que el recepcionista nos había tomado por una pareja gay algo tímida, y tal vez quiso animarnos.

Juan y yo hemos referido muchas veces esta anécdota en reuniones de amigos. Aunque siempre hemos rehusado desvelar si descorchamos o no la botella y si ese brindis llegó a producirse o todavía está pendiente. Es bueno tener secretos. Incluso entre un autor y su editor, esa otra pareja.